

DEL “SERÉIS COMO DIOSES” Y OTROS ENGAÑOS:  
EL AMOR MUNDANO Y EL ESPÍRITU VAGABUNDO

*El libro de los merecimientos de la vida*, escrito entre los años 1158 y 1163, es la segunda obra de la gran trilogía hildegardiana. Es una obra de carácter práctico-moral, concebida a modo de un drama que bien podría imaginarse representado sobre un escenario, o trasladado a la pantalla cinematográfica con gran aprovechamiento de toda la riqueza que sus recursos técnicos ofrecen. Si hablamos de una representación teatral, vemos que el desarrollo de la obra se articula en seis partes o escenas –precedidas por una breve introducción que proporciona los datos de composición (fecha, ubicación histórica y motivo)–, de las cuales las cinco primeras partes ofrecen una estructura similar y bien definida: la presentación de una visión cósmica, la descripción de los Vicios y su contencioso diálogo con las Virtudes, la aparición y la apariencia del Cielo o Ira de Dios y sus palabras, la interpretación de cuanto antecede, y los castigos punitivos y purificadores de cada vicio en esta vida, y en la otra. De este esquema se diferencia la sexta parte, por cuanto en ella ya no aparecen los Vicios ni las Virtudes ni la disputa entre ellos: el tema aquí es el fin del mundo y el Juicio Final, la derrota última y definitiva del demonio y su condena eterna, la eterna bienaventuranza, la descripción de todas las delicias que la constituyen, y quiénes gozarán de ella. Si en cambio preferimos la presentación cinematográfica, nuestra película comenzará con la visión de “un Hombre de estatura tan grande que tocaba desde lo más alto de las nubes del cielo hasta el abismo, de manera tal que desde sus hombros hacia arriba estaba sobre las nubes, en el serenísimo éter; desde los hombros hacia abajo hasta sus muslos estaba bajo esas mismas nubes, en otra nube luminosa; desde los muslos hasta sus rodillas, en el aire de la tierra; desde las rodillas hasta sus pantorrillas estaba en la tierra misma; y desde las pantorrillas hacia abajo, hasta la planta de los pies, en las aguas del abismo, o sea que estaba de pie sobre el abismo.”<sup>1</sup> Este Hombre encabeza cada una de las seis partes del libro; en las cuatro primeras su mirada se dirige hacia diferentes direcciones: hacia el este y el sur (I), hacia el oeste y el norte (II), hacia el norte y el este (III) y hacia el sur y el oeste (IV). En la quinta parte su mirada recorre la totalidad del universo, para finalmente moverse juntamente con las cuatro regiones de la tierra en la última parte. El Hombre se refiere entonces a lo que ve y oye, e interpreta su sentido para Hildegarda, quien a su vez ha de transmitirlo a los hombres, según el mandato recibido. El texto adopta la forma de un diálogo entre Virtudes y Vicios, diálogo que constituye una verdadera batalla entre los deseos desordenados del hombre y el orden ético cristiano.

*En la primera parte* de la obra encontramos siete pares de vicios y virtudes: 1. Amor Mundano vs. Amor Celestial; 2. Jactanciosa Insolencia vs. Disciplina; 3. Jocosos Descaro vs. Modestia; 4. Dureza de Corazón vs. Misericordia; 5. Flojedad de Ánimo vs. Divina Victoria; 6. Ira vs. Paciencia; 7. Alegría Torpe e Inapropiada vs. Anhelos Celestiales.

Si consideramos que las siete Virtudes mencionadas se encuentran como en el inicio mismo de la ascensión de un enfoque serio de la propia vida; o bien, para usar una imagen muy hildegardiana, si decimos que son las raíces del árbol de esa vida que ha de desarrollarse y crecer, vigorosa y fecunda, sustentada por ellas; entonces diremos que los siete Vicios aquí presentes son como los gusanos que infectan y corroen esas raíces y, finalmente, secan el árbol.

*En la segunda parte*, y continuando con los pares de virtudes y vicios, vemos ocho: 1. Glotonería vs. Sobriedad o Abstinencia; 2. Acritud vs. Verdadera Largueza de Ánimo; 3. Impiedad vs. Piedad; 4. Mentira vs. Verdad; 5. Ánimo Contencioso vs. Paz; 6. Infelicidad vs. Santa Felicidad o Bienaventuranza; 7. Desmesura vs. Discernimiento; 8. Perdición de las almas vs. Salvación de las almas.

---

<sup>1</sup> *El libro de los merecimientos de la vida*, 1.

Si las siete Virtudes citadas en la Primera Parte eran como las raíces del árbol, estas ocho Virtudes –que consideran la relación del hombre con Dios y su proyección hacia el prójimo: cual es la relación con Dios, tal es para con los demás– son como su tronco: hacen a la sólida construcción de la persona, a la realización de su vida en su contexto real, es decir, como creatura de Dios en el mundo. Los ocho Vicios que se les oponen dejan al tronco sin tutor y, debilitándolo, muestran a los ojos de los demás tan sólo una triste figura raquítica.

*En la tercera parte* aparecen siete pares de pecados y virtudes: 1. Soberbia vs. Humildad; 2. Envidia vs. Caridad o Amor; 3. Vanagloria vs. Temor de Dios; 4. Desobediencia vs. Obediencia; 5. Infidelidad vs. Fe; 6. Desesperación vs. Esperanza; 7. Lujuria vs. Castidad.

Estas siete Virtudes se incluyen en –o bien explicitan– la Virtud de la Religión, y guardan correspondencia con los siete dones del Espíritu Santo. Se trata, pues, de la intimidad del hombre con Dios, una intimidad de amor entrañable que alienta todo su ser y su vida toda. Continuando con la imagen del árbol presentada en las dos partes anteriores, podríamos decir que estas Virtudes son como su savia; y los siete Vicios que se les enfrentan se esfuerzan por privar al árbol de su alimento, frustran su crecimiento y atentan contra su existencia misma.

*La cuarta parte* nos muestra ocho pares de vicios y virtudes: 1. Injusticia vs. Justicia; 2. Indolencia vs. Fortaleza; 3. Olvido de Dios vs. Santidad; 4. Inconstancia vs. Constancia; 5. Preocupación por las Cosas Terrenales vs. Deseo Celestial; 6. Obstinación o Contumacia vs. Compunción del Corazón o Arrepentimiento; 7. Deseo Desordenado e Insaciable, o Avidez vs. Desprecio del mundo; 8. Discordia vs. Concordia.

Estas ocho Virtudes hacen hincapié en la batalla definitiva a librarse entre Dios y el diablo –en el tiempo que transcurre entre la primera y la segunda venida de Cristo–, batalla cuyo campo de acción es el hombre. Las Virtudes aparecen aquí con diversos matices: esfuerzo, valor, sufrimiento, perseverancia, superación de las dificultades en pos de un fin deseado y a conquistar. Si queremos traer nuevamente la imagen del árbol de las tres partes anteriores, diríamos tal vez que estas Virtudes, que proceden de buena raíz, de un tronco fuerte y que están alimentadas con savia abundante, son como su flor y su fruto. Los ocho Vicios podrían ser entonces vientos que sacuden violentamente las flores y las deshacen, o bien animales que las devoran como también devoran los frutos, o gusanos que destruyen a ambos desde su interior.

*En la quinta parte* los Vicios serán derrotados finalmente por las Virtudes. Los pares de virtudes y vicios son cinco: 1. Sarcasmo vs. Respeto; 2. Vagabundeo o Labilidad vs. Tranquila Estabilidad; 3. Ocultismo vs. Verdadero Culto de Dios; 4. Avaricia vs. Contento con lo propio; 5. Tristeza por la Propia Existencia vs. Gozo Celestial.

Estas cinco Virtudes que se oponen a otros tantos Vicios en la Parte Quinta, hablan de una irradiación de la conducta del hombre, y de su obrar, al modo de una fragancia que se desprende de él hacia el mundo, por lo que podríamos decir que son como el perfume de las flores y de los frutos del árbol de las Virtudes. En tal caso los cinco Vicios que se les oponen serían como el hedor que emana de una flor y de un fruto pútridos, fétida pestilencia que lejos de atraer, repele.

*La sexta parte:* no presenta virtudes y vicios pareados, sino que gira en torno al tema del fin del mundo y el Juicio Final. El libro finaliza con la descripción del Cielo y la alegría de los bienaventurados.

De entre estos treinta y cinco pares de Vicios y Virtudes he elegido, para nuestra reunión de hoy, el primer par: el Amor Mundano, al que se opone el Amor Celestial. Pero antes debemos hacer una referencia a la táctica mediante la cual, y a través de los vicios, el demonio intenta arrebatar a Dios Su obra más amada: el hombre. Porque el enfrentamiento es entre Dios y el diablo, y el hombre es el campo de batalla.

El demonio expone su estrategia en tres pasos, cuya presentación aparece reforzada por lo que podríamos llamar “sus tres voces”, que van *in crescendo*: la primera es una

oculta voz interior, que dice la intención y el poder de su maldad; la segunda es una burlesca voz que brota de la repugnante baba de los Vicios, y que anuncia la obra que cumplirá contra los hombres; la tercera, finalmente, es como un fortísimo rugido que surge en medio de una oscurísima niebla nauseabunda y que, pasando por el hombre –a quien propone la idolatría– se eleva contra Dios, contra Quien es, en definitiva, su lucha:

Y oí que la antigua serpiente decía para sus adentros: ‘Prepararé todo el poder de mis fuerzas para la defensa, y lucharé cuanto pueda contra mis enemigos.’ Y escupió de su boca una espuma cargada de muchas inmundicias y de toda clase de vicios en medio de los hombres; y burlándose de ellos con gran irrisión dijo: ‘¡Bah!, yo volveré funestos, oscuros y horribles en sus tinieblas a quienes se llaman soles por sus obras luminosas.’ Y vomitó una asquerosa niebla que cubrió toda la tierra como negrísimo humo, desde la que resonó un inmenso rugido que decía: ‘Ningún hombre adore a otro dios que no sea aquel al que ve y conoce. ¿Qué es esto, que el hombre rinde culto a lo que desconoce?’<sup>2</sup>

La estrategia es, pues, confundir al hombre: oscurecer su razón que ya no discierne, sumirlo en la inseguridad y la desconfianza, aprisionarlo en la soledad de sí mismo, enredarlo en preguntas sin respuesta y en deseos insatisfechos; ofrecerle después el atractivo paliativo de las conductas que primero embriagan los sentidos y adormecen el discernimiento, luego generan la necesidad y desencadenan un mundo de falacias y de hipocresía para disfrazar, legitimándolo, lo que se ha convertido en un vicio y, finalmente, hacen caer al hombre en la peor de las esclavitudes, porque ha perdido su libertad interior, su integridad, su dignidad de ser humano. Una vez logrado esto, no está lejos el paso siguiente. Porque este hombre, que ya no puede mirarse a sí mismo con verdad, no puede verse y reconocer en sí a Aquel a cuya imagen y semejanza fue creado: ha perdido a su Dios. *Ningún hombre adore a otro dios que no sea aquel al que ve y conoce...* Estamos entonces ante la pérdida de la fe que se produce, no por la “noche oscura” de la que hablan los místicos, o por una situación existencial de impactante dramatismo que deja a la persona en un más o menos duradero estado de alienación, sino por la necesidad de ignorar a Dios para justificarse a sí mismo, para no sufrir la reprobación de la propia conducta, para no tener que cambiar: estamos ante la pérdida de la fidelidad a la Verdad, al Bien, a Dios, a sí mismo. Esto se traduce en lo que se da en llamar la inautenticidad –muchas veces vivida como una traición a uno mismo–, que lleva a la pérdida de la propia identidad –como ser humano, y como el ser humano que uno es–, y que desemboca en la desequilibrada asunción de comportamientos en los que la persona no se reconoce, y en los que puede terminar perdiéndolo todo, y perdiéndose. Por eso Hildegarda, en el inicio de su trabajo sobre los Vicios, habla de la infidelidad como la raíz de la que surgen todos ellos: “En la infidelidad hay toda clase de vicios con todo su séquito, porque quien no tiene fe carece de todo bien.”<sup>3</sup>

Y vamos ya a la presentación que Hildegarda hace del primer vicio:

La primera imagen tenía la forma de un hombre y la negrura de un etíope. Estaba desnudo; con sus brazos y sus piernas había rodeado el tronco de un árbol en su base, por debajo de sus ramas, en el cual árbol crecían toda clase de flores. Y recogiendo con sus manos aquellas flores dijo:

**PALABRAS DEL AMOR MUNDANO.** “Míos son todos los reinos del mundo, con sus flores y sus honras. ¿Por qué he de marchitarme, cuando poseo toda la lozanía y la fecunda vitalidad (*uiriditatem*)? ¿Por qué vivir como un anciano, cuando florezco en mi juventud? ¿Por qué cegar la bella visión de mis ojos? Si esto hiciera, me avergonzaría. En tanto pueda tener la belleza de este mundo, gustosamente la retendré. Me es desconocida esa otra vida, acerca de la cual tampoco entiendo las

---

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid. 1, 66.

conversaciones que oigo.”

Después que hubo dicho estas cosas, el árbol se secó hasta la raíz y se derrumbó en las tinieblas; y la misma imagen cayó con él.<sup>4</sup>

Antes de abordar la glosa que la abadesa de Bingen hace de la imagen, deseamos traer una brevisima reflexión. Los placeres de los sentidos –el deleite que proporcionan las flores con la belleza de sus variadas formas y colores, su grato perfume, la suave frescura de su tacto–, que de suyo son legítimos cuando guardan el orden debido, cuando son absolutizados y perseguidos como un fin en sí mismos se transforman en la abierta puerta de entrada al amor mundano en sus diversas manifestaciones: la soberbia y su acompañante, la vanagloria; el deseo de la eterna juventud con su ilusión de poder y de suficiencia; la fáustica, inmoderada necesidad de la posesión de los bienes; la necia ignorancia que no quiere saber. El exceso insaciable de esta actitud conduce al colapso y a la caída –insatisfacción angustiante, pérdida de energía, debilidad, y finalmente, enfermedad y muerte–, como lo indica la caída del árbol, ahora seco, y la caída de la imagen misma.

Vayamos ahora a la explicación de Hildegarda.

*Tiene la forma de un hombre y la negrura de un etiope*, porque enredándose enteramente en los deseos carnales, no desea para sí ningún esplendor ni claridad alguna. [Acerca de la negrura del etiope, san Gregorio Magno dice que “Etiopía, en la negritud de su color, significa al pueblo pecador por la repugnante fealdad de sus acciones.” (GREGORIO MAGNO. *Exposiciones sobre el libro de Job* 18, 52, 84. PL 76, 0088D)

*Está desnudo; con sus brazos y sus piernas rodea el tronco de un árbol en su base, por debajo de sus ramas*: porque no teniendo ropaje alguno de santa felicidad, con sus obras –es decir, con sus brazos– y con sus pasos abraza la fuerza de la vanagloria, disimulado por algunos otros pecados que como ramas proceden de ella; *en el cual tronco crecía toda clase de flores*: porque en la vanagloria y en los pecados que nacen de ella se encuentra el conjunto de todas las vanidades que pertenecen a lo mundano.

*Por lo que recoge con sus manos aquellas flores*, porque con sus deseos deshonestos, su obrar atrae para sí todas las vanidades del mundo presente. Pues cuando el hombre presa del amor mundano da vueltas en su pensamiento en pos de las vanidades, deseándolas las busca; y cuando las encuentra, con gran deleite, como si fueran flores de toda clase, las reúne disponiéndolas para sí de acuerdo a su voluntad, como lo muestra el pecado mismo con sus palabras.

*Pero después de dichas estas cosas, el árbol se seca hasta la raíz y se derrumba en las tinieblas, de manera tal que la misma imagen cae con él*: esto significa que la vanagloria, que es enteramente falente y engañosa, va hacia las tinieblas de la infidelidad en las que también se encuentra el diablo, de manera tal que todos los que aman el mundo y desprecian la vida eterna caen con ella, porque no pueden retenerla mientras cae. Pero aunque caiga, la vanagloria no considera que ha caído: porque de tal forma está enraizada en las cosas del mundo que nada piensa acerca de las celestiales.<sup>5</sup>

Pero aún hay más, ya que la abadesa denuncia que quienes pecan a causa del amor mundano actúan con doble falsedad, pues alaban lo que les disgusta y critican y reprueban lo que les agrada, como si con desagrado y gravosamente soportaran lo que sin embargo gustosamente hacen. Es decir que por el amor del aplauso del mundo enmascaran con apariencias contrarias el sentir que alienta su obrar, perdiendo así toda integridad.

La conclusión de esta actitud, de esta situación, es una terrible verdad:

---

<sup>4</sup> *Ibíd.* 1, 1.

<sup>5</sup> *Ibíd.* 1, 67.

El Amor Mundano no teme a Dios ni Lo ama, sino que todo lo que le place lo recoge para sí, y audazmente excusa ante Dios cada cosa que ambiciona en las criaturas, diciendo que fue creada para su uso. Por lo que tampoco teme a Dios, a Quien debió temer, sino que pone su propia voluntad en el lugar de Dios; y no ama a Dios, porque no abandona los deseos carnales ni se reprime por el amor a Dios, sino que con todo su deseo se abraza al mundo.<sup>6</sup>

Y Dios declara:

Yo permito que se cumpla en ellos el deseo de su corazón en cuanto a la criatura y en cuanto al diablo, ya que así sabrán por experiencia en qué les aprovecha la criatura que adoraron o qué les dio el diablo al que han seguido.<sup>7</sup>

En este cumplirse el deseo de su corazón el hombre que ha prestado el oído de ese corazón a las seductoras y mentirosas promesas del demonio –ciencia, poder, riqueza, placer, eternidad–, queda sin el Dios que es su origen y raíz, su médula y toda su consistencia y sentido, y está sujeto a un condenado que perdió para siempre el destino primero de su creación y que, en definitiva, sólo ha podido darle falaces apariencias hoy, y un solitario, doloroso y eterno mañana después. Por eso, dice Hildegarda, “el hombre que está enredado en sus pecados medite con sabiduría cómo arrojarlos lejos de sí, y cómo apartar de sí la maraña de los vicios que tiene en la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, al modo como el artista pule sus estatuas para que, teniendo su justa proporción, sean bellas.”<sup>8</sup>

Al Amor Mundano responde el Amor Celestial:

**RESPUESTA DEL AMOR CELESTIAL.** Y desde la borrascosa nube oí una voz que respondía a esta imagen: Eres de una gran necedad, porque deseas vivir en el polvo de la ceniza, y no buscas aquella vida que en la belleza de la juventud jamás se marchitará, y en la vejez jamás se extinguirá. Tú careces de toda luz y vives en una negra tiniebla, y como un gusano te has arrastrado y ocultado bajo la voluntad del hombre. Vivirás como por un momento solamente y después, al igual que el heno, te marchitarás y caerás en el lago de la perdición, y allí acabarás abrazada a todo lo que en tu necia condición llamas flores.

Yo empero soy la columna de la música celestial, y estoy atenta a todos los gozos de la vida. No repudio la vida, pero conculco todos sus males, como también te desprecio a ti. Pues soy el espejo de todas las virtudes, en el que todo hombre fiel se contemplará con toda claridad. Tú, empero, corres en el oscuro camino de la noche, y tus manos obran la traición.<sup>9</sup>

En la réplica del Amor Celestial al Amor Mundano aparece desenmascarada la malicia de este último, que hablando de la luminosa belleza del mundo vive, sin embargo, en la oscuridad de sus deseos ocultos; que queriendo erguirse con ficticia dignidad es como un gusano que se arrastra y se disimula en la voluntad del hombre para conseguir lo que quiere; que anhelando eternizar el instante fugaz –Fausto redivivo– lo pierde como el heno bíblico (*Sal.* 101, 12), y todo lo pierde. En su discurso, el Amor Celestial se presenta con la firmeza de una columna frente al árbol endeble que se seca y se derrumba, polvo y ceniza.

Esa columna es la columna de la música celestial: la referencia al sentido auditivo y su deleite se hallaba ausente en los placeres que reivindicaba para sí el amor mundano, porque la música es la alabanza que toda la creación tributa a su Creador, es el eco de las Virtudes, es el hombre amando a su Dios: se encuentra por consiguiente en las antípodas del deseo del Amor Mundano. A partir de aquí se comprenden las frases con que el Amor

---

<sup>6</sup> *Ibíd.* 1, 81.

<sup>7</sup> *Scivias* 1, 3, 23.

<sup>8</sup> *El libro de los merecimientos...* 1, 82.

<sup>9</sup> *Ibíd.* 1, 2.

Celestial continúa su presentación: ¿cómo habría de repudiar la vida, si es desde ella y sus bendecidos gozos que ofrece la armoniosa voz de su gratitud al Señor? Antes bien, está atento a descubrir todos los bienes que puedan enriquecer con su canto la sinfonía laudatoria. Pero también está atento para desechar todos los males que traicionera y engañosamente encierra el Amor Mundano en las tinieblas de la noche.

En relación con el vicio que acabamos de ver me ha parecido oportuno traer la consideración de otro que encontramos en la Parte Quinta, el Vagabundeo o Labilidad, que así se presenta:

Vi una segunda imagen que tenía una figura infantil, salvo porque carecía de cabellos en su cabeza, y porque tenía el rostro y la barba de un anciano. Pendía en las tinieblas, envuelta en un paño o saco de tela –casi como en una cuna–, movida como por el viento de aquí para allá. Pero no vi en ella otra vestimenta. A veces se levantaba del paño y otras veces se escondía en él. Y dijo:

**PALABRAS DEL VAGABUNDEO O LABILIDAD.** “Tengo por una estupidez permanecer en un solo lugar y entre una misma gente. Quiero mostrarme en todas partes para que en todas se oiga mi voz, y para que mi rostro se vea en todas partes: así se ampliará mi gloria. Pues la hierba crece y aparece su flor; si esto no sucediera, ¿qué gloria tendría el hombre? Yo soy hierba en mi sabiduría y en mi razón, y en mi belleza soy flor. Y por esto me manifestaré dondequiera.”<sup>10</sup>

En tiempos de Hildegarda ésta era la actitud y costumbre de muchos maestros con cátedra en las escuelas catedralicias, quienes a veces y por diversas razones se trasladaban de una escuela a otra, de una ciudad a otra, pudiendo darse el caso que sus alumnos los siguieran. Entre esas diversas razones estaba el afán de ser oídos, aclamados y honrados, cobrando fama y cierto poder. En una carta al deán de Colonia Felipe de Heinsberg dice la abadesa de Bingen: “Pero vosotros ya os habéis fatigado buscando cualquier transitoria reputación en el mundo, de manera que a veces sois caballeros, a veces siervos, otras sois ridículos trovadores, y con vuestras fabuladas tareas algunas veces espantáis las moscas en el verano.”<sup>11</sup> La referencia es a los sacerdotes que en lugar de ocuparse de instruir y acompañar al pueblo en el conocimiento y la práctica del Evangelio, se procuraban fama y riquezas –y una vida más cómoda– por su desempeño como maestros en las escuelas catedralicias. Hoy, la situación ya no es la misma, es diferente. ¿Es diferente...? Empresarios, artistas, personas del espectáculo, deportistas, universitarios, gente de toda edad y profesión se desplazan por el mundo –de manera real o virtual–, algunas veces por exigencias legítimas, ¡pero cuántas más por un exhibicionismo compulsivo, en pos de cualquier fama y a cualquier precio, o buscando nuevas experiencias con las que no alcanzan a colmar un profundo vacío! O bien podemos referirnos a aquellas otras personas que, sin moverse de su lugar, varían incesantemente sus sentimientos, el rumbo de sus vidas, sus decisiones y hasta sus convicciones... Hoy nos encontramos con que las personas no se han formado en el discernimiento y la objetividad, en la honestidad que se requiere para ello y en la fortaleza que demanda el obrar en consecuencia; disciplina, paciencia y perseverancia son rechazados en nombre del “yo hago lo que yo siento en este momento” con toda la secuela de labilidad de un sentimiento sin apoyo racional, humano. Hoy también las Universidades, tratando de responder a determinadas “exigencias”, se han convertido en una “fábrica de titulados”: títulos de grado, postgrados, maestrías, doctorado, cada uno con su papelito, uno tras otro, y más..., más..., que muchas veces sólo acreditan haber hecho los cursos, haber entregado un trabajo “suficiente”, y quedar habilitado para el incremento del puntaje correspondiente. Y todo esto se transforma en una persecución de títulos para exhibir, queriendo así acreditar una idoneidad en tal o cual especialidad, o en varias, cuando en realidad lo que se ha hecho muchas veces es saltar de un tema a otro y en el menor tiempo po-

---

<sup>10</sup> *Ibíd.* 5, 3-4.

<sup>11</sup> Carta 15r –al deán de Colonia Felipe de Heinsberg–, año 1163.

sible, por el simple motivo de que ése era el curso que se ofrecía. ¿Estamos ante la sabiduría de un profesional, o ante su oropel, que no es sino un oro falso? Y esto también con los trabajos y, en otro orden de cosas, con los sentimientos, y tanto más...

Pero volvamos a la figura de la Labilidad, y la explicación que da Hildegarda de este Espíritu Vagabundo cuya desmesura lo hace buscar una omnipresencia de sabiduría, fama y gloria, casi como un remedo de Dios:

*Tiene una figura infantil*, ya que no considera ni el cielo con regocijo, ni la tierra con solicitud, sino que en el círculo de los elementos sólo descubre una inconsistente vacuidad; nada provee con rectitud, nada divide con justicia, sino que acomoda todas sus obras a sus costumbres pueriles. *Carece de cabellos en su cabeza, y tiene el rostro y la barba de un anciano*: porque manteniendo fijo su espíritu en el tedio se aparta del honor de la sabiduría; sin embargo, en su intención desea aparecer venerable y virtuosa ante los hombres, como conviene a los hombres piadosos.

*Pende en aquellas tinieblas envuelta en un paño o saco de tela –casi como en una cuna–, movida como por el viento de aquí para allá*. Esto significa que los hombres inmersos en este vicio están neciamente envueltos y como atrapados en la infidelidad y en el entretejido de su voluntad –como si descansaran cómodamente–, cuando por las tentaciones diabólicas se dispersan en las múltiples y diferentes vanidades de muchas cosas y juegos desconocidos. Nada comienzan rectamente, nada finalizan con rectitud, pero corren de un lado a otro cambiando como nube inquieta, en todo siempre errantes, en todo eligiendo lo que desconocen, y buscando siempre moradas ajenas.

*Pero no ves en ella otra vestimenta*: porque estos hombres no se revisten de la estabilidad propia de la integridad, sino que siempre caminan vacilantes a causa de su inestabilidad.

*A veces se levanta del paño y otras veces se esconde en él*, ya que esos hombres a veces muestran que quieren abandonar sus deseos y elevarse a un mayor respeto, pero otras se ocultan en su voluntad, cuando a nadie manifiestan lo que planean hacer. Actúan así instigados por el mismo vicio, que no busca ninguna saludable quietud, ninguna estabilidad verdadera, sino que siempre quiere ir de aquí para allá y en todo mostrarse petulante, como más arriba lo indican sus palabras.<sup>12</sup>

Hildegarda hace hincapié en lo significado por esa figura infantil, porque una de las características del niño, y de la puerilidad en el adulto, es precisamente el egocentrismo. Tenemos entonces que por la frivolidad de su mirada, por la falta de madurez de sus criterios, por la puerilidad de sus deseos, para la persona afectada por este vicio el mundo está vacío de toda otra presencia que no sea la suya. De ahí también la necesidad del vagabundeo, de su labilidad; debe llenar nada menos que el mundo.

En cuanto a la carencia de cabellos en la mujer (y la imagen que trabajamos es femenina), como la falta del velo, indicaba por entonces vergüenza, deshonor; por eso san Pablo recuerda que para la mujer la cabellera es gloria, y le ha sido dada a modo de velo (1 Cor. 11, 15). Por otra parte, el tedio del que se habla es significativo de un vacío que produce, precisamente, la necesidad de poblarlo con ese constante vagabundeo que asume la apariencia de una múltiple y provechosa actividad, la cual da buena fama ante los demás. Este activismo a ultranza no es otra cosa que la huída del tedio, sí; pero una mirada más profunda nos dice que es la huída de una mirada honesta, humilde y valiente sobre uno mismo, de un discernimiento ordenador de valores y prioridades, de una actitud seria, equilibrada y madura ante la vida: en otras palabras, es apartarse de la sabiduría, pero queriendo retener para sí la apariencia de su honor.

También aquí, como en el caso del Amor Mundano, la abadesa nos dice:

---

<sup>12</sup> El libro de los merecimientos... 5, 30.

Quienes abrazan el Vagabundeo no temen a Dios ni Le tienen amor: porque rechazan dicho temor carecen de sabiduría, y porque no se abrazan al amor, no podrán tener un conocimiento atento. Por cierto, el espíritu vagabundo es como un hijo de la desobediencia, y a menudo sirve a la lujuria; si no lo hace acabadamente, sin embargo busca su compañía, desea su presencia y se somete a su manera de obrar. Es rabioso y tibio, aúlla en toda circunstancia, y es semejante a una comida sin sal: no tiene alegría buena ni buena tristeza; la profecía [como el anuncio de la Voluntad de Dios] no pone sus ojos en él ni la sabiduría [como la gustosa obra de esa Voluntad] le habla, porque no es raíz ni follaje de un árbol fructífero, ya que no se humedece en la raíz de la profecía como con el rocío de la mañana, ni al mediodía se levanta y germina en el follaje del edificio de la sabiduría. Pues es baba y podredumbre, no encuentra gusto en la ciencia ni alimento en las obras, no persevera en nada que sea de provecho, carece de una disposición atenta y no eleva su espíritu hacia Dios en ninguna ocasión. Reúne consigo la ociosidad y la pereza, con las que temerariamente camina a través de muchísimos sitios resbaladizos y escandalosos, y clavando su mirada en la diversidad de las cosas que salen a su encuentro olvida las cosas que son de Dios, mientras que a menudo también descuida sus propias necesidades corporales.<sup>13</sup>

*Porque rechazan el temor de Dios carecen de sabiduría:* no estamos ante el temor como miedo, sino ante un temor reverencial, el temor de perder a Aquel que es su verdadero ser, por Quien, de Quien y para Quien es; finalmente, el temor de perder a Aquel a Quien ama. El temor de perder a su Dios. Por eso este temor es el principio de la sabiduría (*Prov.* 9, 10), porque en su humildad puede conocer a su Dios y Señor y conocerse en su creatureidad (su gloria y su miseria).

*El espíritu vagabundo es como un hijo de la desobediencia,* porque carece de orden y de disciplina, no se sujeta a norma ni a autoridad, es para sí mismo principio y fin. Esto también explica la continuidad de la frase: “a menudo sirve a la lujuria”, porque este vaivén, esta falta de un anclaje, deja al hombre en una permanente insatisfacción, y no necesita más la lujuria para inducirlo a buscar y vivir “alguna alegría”, alguna manera de satisfacción que termina atrapándolo y anclándolo, precisamente, allí.

Y a la Labilidad responde la Tranquila Estabilidad:

**RESPUESTA DE LA TRANQUILA ESTABILIDAD.** Y de nuevo oí una voz que desde la nube tormentosa respondía a esta imagen: “Tú, oh diabólica argucia, caerás como la flor de heno (*Sal.* 36, 2) y como el barro serás pisoteada en el camino. Tú eres la voz de la vanidad, la mirada de la iniquidad, y no oyes las palabras de la racionalidad sino que avanzas con una marcha imprecisa y cambiante, como la langosta, por lo que también te esparces por diversos lugares, como la nieve. No comes el alimento de la sabiduría ni bebes la bebida del discernimiento, sino que imitas la vida de las aves, que no tienen estabilidad alguna en cuanto al lugar donde hacen sus nidos (*Prov.* 27, 8). Eres, pues, ceniza y podredumbre, y no tendrás ningún sosiego.”<sup>14</sup>

Esta respuesta, a la vez que anuncia la extrema precariedad del Espíritu Vagabundo y su desdichado final, desnuda toda la maldad que lo alienta: su necia vanidad; su inicuo egocentrismo en desmedro de la reverente obediencia a un Dios reconocido, proclamado y amado como tal; su falta de rectitud. Es *la voz de la vanidad* porque nada es lo que dice, sólo sonido de voces sin el sustento de las palabras; es *la mirada de la iniquidad* porque tan sólo busca cautivar miradas, ignorando a aquel que mira, es decir a las personas; *no oye las palabras de la racionalidad* porque está desinteresado de la verdad y se mueve so-

---

<sup>13</sup> *El libro de los merecimientos...* 5, 45.

<sup>14</sup> *Ibid.* 5, 5.



lamente por las apariencias, cambiando el rumbo de su vida y de su obrar según ellas.

Así son los engaños del diablo..., que continuaremos viendo en nuestro próximo encuentro.

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI

17 de agosto de 2011

**Instituto San Ireneo, de Teología y Arte Sagrado**